

DE BUENAS LETRAS

AMELINA CORREA RAMÓN

DE LA ACADEMIA DE
BUENAS LETRAS DE GRANADA

De epidemias y médicos: El abuelo de Francisco Ayala

En la iluminadora obra autobiográfica de Francisco Ayala 'Recuerdos y olvidos' llama sin duda la atención la impresionante figura de su abuelo materno, Eduardo García Duarte, médico y destacado intelectual que llegaría a ser Rector de la Universidad de Granada. Casi recién llegado a la ciudad de la Alhambra desde su Madrid natal, García Duarte se verá enfrentado a una difícil situación que pondrá a prueba su temple personal y una acrisolada y altruista vocación sanitaria que lo caracterizaría durante su vida entera. En efecto, entre 1854 y 1855 se desarrolló una mortífera epidemia de cólera morbo que asoló el país, causando más de doscientas treinta mil víctimas. Las autoridades granadinas decidirán establecer un hospital provisional, que había de instalarse en el antiguo convento de la Victoria, que fue desamortizado y se encontraba en esas fechas casi en ruinas. Para ello, se encomendó la tarea de organizar y poner en marcha di-

cha institución benéfico-sanitaria a Eduardo García Duarte, que la desempeñó con auténtica vocación y notable eficacia. Al término de su misión el profesor universitario escribió una detalladísima memoria, que sirve hoy en día como precioso testimonio de cuanto aconteció aquellos días y de cuál fue su comportamiento ante una crisis de tal magnitud. Haciendo gala de una admirable capacidad de organización, García Duarte pondrá en marcha, partiendo de la nada y en un edificio que presentaba de entrada serias dificultades, un hospital que funcionará a la perfección y que salvará a un elevado porcentaje de enfermos.

Con sorprendente rigor y minuciosidad, García Duarte va relatando todas las etapas y detalles del establecimiento del hospital, que debió enfrentarse inicialmente a importantes carencias de material, así como los datos concretos de cada paciente, tratamiento, evolución, etc. Consciente de los enormes riesgos que corría, el entonces joven doctor escribe una impresionante carta de despedida a su madre, asumiendo que «al aceptar el título de mi profesión sabía ya que ofrecía mi vida en holocausto de mis hermanos, y lo acepté con abnegación y gusto».

Afortunadamente, Eduardo García Duarte no sólo sobreviviría a este difícil reto, sino que un año después, sería condecorado oficialmente con la Cruz de Epidemias, por su impagable servicio a la sociedad, desempeñado con «abnegación, celo y desinterés». Modelo de coherencia intelectual y personal en el conflictivo panorama histórico de las últimas décadas del siglo XIX en un país en crisis, no resulta de extrañar que la figura de Eduardo García Duarte funcionara siempre como una suerte de faro-guía para su nieto Francisco Ayala.